

cuerpo, sustituyéndose al alma, materializaba la voluntad humana. Este es siempre nuestro error funesto y culpable, y la confusion perpetua en que estamos acerca del estado de nuestra naturaleza; en todas cosas llevamos un fin humano, material y temporal en lugar del fin divino, y así por consiguiente un medio humano en lugar de un medio divino. No obramos ni por Dios, ni por nuestros hermanos, ni por nuestras propias almas, y todo lo rendimos á un cuerpo mortal, debil é impotente. Así vivimos en una disolucion prematurada, separándonos de la vida de nuestra alma y viviendo segun la vida de nuestro cuerpo, esto es, segun la vida de un cadaver. En lugar de amar con nuestra alma, amamos con nuestro cuerpo; cuando decimos *amamos*, adoptamos el sentido mas general de la palabra *amar*, esto es, querer, apetecer, desear, creer. Colocamos nuestra fe y nuestro amor en objetos que satisfacen al cuerpo, sus deleites y su orgullo.

El griego y el romano querian con sus generales que el universo no fuese mas que romano ó griego, y que no hubiese mas que un pueblo sobre la tierra, pero materialmente; tal era la unidad, la universalidad material del paganismo bajo Alejandro y Cesar, el orgullo del triunfo humano, el poder supremo sobre el mayor número de pueblos posibles inmolados á los vencedores, los esclavos, el botin; tal era el fin que se proponian; el cristianismo solo se propone adquirir hermanos, sembrar la palabra divina y dar la felicidad á los pueblos. A las civilizaciones griega y romana caracteriza, la divi-

sion; el cristianismo se distingue por la mayor union. ¡Que de sangre derramada, que de pasiones desenfrenadas satisfechas, que de vicios autorizados y protegidos por los gefes, para escitar al soldado á arrojarle sobre la presa que apetece; que pacto entre la ambicion la gran codicia de unos, y la menor, si bien no menos ardiente codicia de otros; que de vicios en la division pagana! ¡que de virtudes en la fraternidad cristiana! Aunque la civilizacion griega fué mas inteligente que la romana por las artes, por Sócrates y Platon, que se elevaron á la unidad de Dios, para despues rendirse á su siglo, aunque esta civilizacion, cuyos recuerdos son, segun el mundo, grandes, acompañó al Macedonio Alejandro, que era su espada, no dejó de precipitarse con este mismo conquistador. Apenas hubo desaparecido, la civilizacion griega se desmoronó, se esparció por todas partes; así acaban las cosas humanas. Despues de brillantes victorias, Alejandro, absorviendo en sí mismo el orgullo de la época, reduciéndolo todo á sí mismo, quizo que se le tributasen honores divinos; pero bebiendo en la copa de Hércules, otro muerto deificado antecesor suyo, murió de resultas de la embriaguez.

Así acabó la civilizacion griega, esa civilizacion que todo lo habia hecho por la belleza material. Cargada de todos los vicios de una civilizacion corrompida, el imperio romano, ese inmenso orgullo se adelantaba como un hombre ébrio. Cubierta de la sangre de gladiadores, roja de lujuria, Roma la sanguinaria, la lúbrica, la cortesana de Neron y de Helicóballo, iba á ser pasada por las

armas del mundo entero, despues de haber llevado el poder y los excesos del cuerpo, mas allá de lo que la imaginacion puede representarse. Ademas de los suyos propios, Roma se habia inoculado los vicios de todos los pueblos que habia vencido. Su gloria le huía; sus emperadores venian á mostrar al mundo sucesivamente cuantos vicios creen precisos para llevar una corona. Jesucristo que habia nacido bajo Augusto florecia bajo Tiberio; Nazareth en frente de Caprea. ¡Qué contraste! Roma despues de haberse asimilado el mundo entero, despues de haberlo domeñado completamente, como jamas lo hizo pueblo alguno anteriormente; Roma tan fuerte, tan compacta, fundada por el poder material; esta inmensa unidad, sin alma, sin union, sin amor; este vasto cuerpo cuyos miembros fueron pronto despedazados, solo vivió para dividirse y morir. Augusto lejos de impedir la venida de Atila, lo habia atraído, á pesar de su siglo tan ponderado.

La unidad no reside en el hombre, sino viene de Dios, el cual la realiza en la tierra por la fraternidad de todos los hombres que se aman como un hombre solo, en el nombre de un solo Dios. La union, la paz, la unidad quedarán destruidas, siempre que intervenga el cuerpo perecedero, con sus luchas pasajeras y temporales, con sus intereses de un dia y con sus pasiones devorantes. Esto es lo que ha venido á impedir el cristianismo, y por eso, nuestras pasiones atacan el orden y unidad del cristianismo. Cuando nos dividen, dividen tambien la unidad cristiana; de manera que no podemos cesar de amarnos unos á otros sin cesar de

ser cristianos; herir nuestros hermanos sin herir la fe y el mismo Dios, y al mismo tiempo, no podemos faltar á Dios, cuando descuidamos el precepto de amor y de fraternidad, sin faltar á nuestros hermanos y á la sociedad. No es de admirar que haya habido monasterios, en que el principio de abnegacion personal y de completa fraternidad ha sido aplicada por una regla particular; los primeros siglos del cristianismo han sido cortos, y el egoismo humano, el egoismo individual que la religion condena, pronto se ha opuesto á la divina moral de Jesucristo; este es un motivo, entre otros que dió lugar á esas pias comunidades en que de un modo mas esplicito, y, por decirlo así, mas positivo se hacia voto de practicar la fraternidad cristiana, como igualmente de seguir los tres consejos del Evangelio, pobreza, obediencia y castidad voluntarias. Ha sido en cierto modo preciso que la religion nos mostrase hermanos, y que aun en el dia nos lo muestre, para recordarnos que somos hermanos y que no debemos formar mas que una sociedad. Desde el establecimiento del cristianismo la rebeldía del cuerpo contra el alma se ha visto de muchos modos. Las heregías han tendido á destruir su unidad, y por consiguiente su fraternidad; y es de advertir que cada heregía ha establecido una ú otra ventaja en favor del cuerpo. Los grandes y los príncipes que, separándose del seno de la Iglesia, abrazaban las heregías, se cuidaban muy poco de estas mismas, y solo tenian por objeto apropiarse los bienes del clero. Los pueblos estaban cansados de ciertos deberes, de ciertas observancias, y que-

rian entregarse á su orgullo y apetito. En una palabra, cada uno consultaba sus ventajas particulares, si bien con detrimento de la unidad, union y fraternidad generales.

Y esta gerarquía de la Iglesia, establecida por el mismo Dios, que de San Pedro desciende al sumo Pontífice actual, esta gerarquía, base de la unidad é invariabilidad de la fe, era, como en el día lo es y siempre lo será, la base de la union y fraternidad cristiana. De esta manera el dogma es la base de la celestial/garantía de la práctica; el dogma es el alma y la práctica, su aplicacion es el cuerpo, como el cuerpo es la aplicacion del alma. Por esto, el Salvador decia que toda la ley se contenia en estas pocas palabras: « Todo lo que quereis que los hombres hagan con vosotros, hacedlo vosotros con ellos, » palabras sublimes, que comprenden toda la fraternidad y caridad cristiana; amaos los unos á los otros, aceptad todas las condiciones de este amor, sed hermanos y someteos á los deberes de esta fraternidad. ¿Hay heroismo, hay sacrificio alguno, que nos amedrente cuando nos inflama un amor terrestre que circula con nuestra sangre, que hace latir convulsa nuestra sien? Es cierto, pero en este caso como en otros muchos, nuestras pasiones, por mas que nos atormenten, son nosotros mismos; son una aplicacion penosa, pero una aplicacion real, de nuestro egoismo, el placer de una voluntad pervertida antes de ser su suplicio. Para llegar al sentimiento inefable de la caridad cristiana, de la verdadera fraternidad, es necesario entrar en un orden de hechos completamente diferente,

es preciso pasar completamente de la region del cuerpo á la del alma, en una palabra, es necesario amar con amor verdadero, sin ningun interés de pasion, con el alma que no morirá jamas, á almas que jamas morirán.

Lo que es verdad individualmente para cada uno de nosotros es verdad para todos. El egoismo de todas las pasiones es siempre egoismo. Un conquistador, un fundador de una secta, que todo lo reduce á sí mismo, que quiere, por egoismo y por orgullo, engrandecerse por las mutaciones que imprime á la humanidad que subyuga ó seduce; ¿qué otra cosa es esto destructor de la unidad y union humana lleno de egoismo, sino un amante apasionado que obra para con la humanidad como otros con una debil muger? De esta manera han amado el mundo Alejandro y Cesar, con el hierro y con el fuego, con aquel amor que pierde y arruina, con aquel amor que lleva á una embriaguez mortal como Alejandro, ó á puñaladas como Cesar. Toda pasion tiene su Bruto; el heresiarca que dividia el protestantismo en presencia de su autor era el Bruto de Lutero, Voltaire ha tenido J. J. Rousseau. Toda pasion humana deriva del egoismo, del egoismo enemigo de la sumision á Dios, y del amor á nuestros hermanos; el egoismo ataca toda unidad con furor, unidad religiosa, unidad nacional, unidad social, todo lo que no es él, todo lo que no se refiere á él; y el origen de todo esto, la base fundamental es el cuerpo, la cabeza que se levanta llena de una necia vanidad, los ojos que brillan de orgullo ó de apetitos sensuales, el pecho que se

hinchada de orgullo, y el alma esclava, separada de Dios, su unidad, su orden, su todo, marcha en séquito del cuerpo como la primera de sus víctimas.

Lutero y Voltaire, estos dos conquistadores famosos, han sido impelidos por el egoismo individual mas frenético. No se necesita mucha perspicacia y conocimiento del corazón humano para penetrarse de la verdad de esta asercion; basta leer algunos pasages de la vida de estos dos hombres, y ver la forma que han dado á sus discursos, forma que solo puede proceder del mas negro orgullo y del mas concentrado egoismo; basta la cólera de energúmeno, alusiones cínicas y obscenas, y apóstrofes virulentos del primero, y la ironía mordaz y corrosiva del segundo, para deducir el carácter y sentimientos de ambos. Lutero decia altamente que queria imponer su voluntad personal á todos sus sectarios, queria (y copiamos sus propias palabras) que *su voluntad supliese á la razon*. ¿A qué punto mas lejos puede ir el orgullo y egoismo humano? Apropiarse la voluntad ajena, dominarla, arrancarla si es posible á la familia y á la sociedad, ¿qué viene á ser todo esto mas que amor humano? El carácter del amor divino es reunirlo todo. El amor humano, esto es, el amor individual, el egoismo es el principio del protestantismo, que procede de una voluntad humana. Mas como el protestantismo hubiera muerto con la voluntad de Lutero, ha sido preciso, para guardar cierta lógica en el error, atribuir y reconocer el mismo derecho en las demas voluntades. Facil es de comprender los vicios que se agitaban detras de estas pasiones, á consecuen-

cia de este reconocimiento, como igualmente la irrupcion que debieron causar en los preceptos de la Iglesia. Lutero, para establecer en esta iglesia nueva un imperio material y pasajero, para satisfacer sus pasiones personales (pues bien sabido es que se casó impúdicamente con una religiosa), mostraba el mas feroz egoismo, y todo lo reducía á su persona. « Que mi voluntad, decia, ocupe el lugar de la razon, » tal era el primer dogma que emitia su orgullo al que añadía por su conducta: « Que mis pasiones ocupen tambien el lugar de la razon. » Los sectarios de Lutero decian y hacian lo mismo; nada mas consecuente. A un príncipe que era una de las columnas del protestantismo se le concedía tener dos mugeres; así la heregía se apoyaba al nacer sobre el adulterio. ¿Y por qué no, puesto que este adulterio dependía de una voluntad personal, y puesto que el protestantismo se funda en las pasiones individuales y en el egoismo, de la misma manera que la religion católica se funda en la unidad, universalidad y fraternidad, pues de Dios procede, y no de los hombres? Por consiguiente no hay que sorprenderse al ver las terribles luchas intestinas, las aberraciones y la multitud de variaciones que ha sufrido y que tan elocuentemente ha demostrado Bossuet. Estas variaciones, estas discordias interiores, son muy consecuentes con la naturaleza misma del protestantismo que, enemigo de toda autoridad eclesiástica, no lo es menos de la fraternidad cristiana. Ha dejado á otros el cuidado de suprimir el bautismo, á cuyo extremo no ha procedido, si bien ha suprimido la confesion, dejando á cada uno el

cuidado de arrepentirse á su manera, y de alcanzar el perdón de Dios á su modo; es verdad que no niega el bautismo, pero ¡qué ironía, qué burla del bautismo es una vida protestante! No parece sino que el fin de la vida de un herege es protestar contra el bautismo que ha recibido. Conservan un sacramento, y los demas los suprimen, ¿pues que han hecho de todos los demas, y entre ellos del mas solemne de todos, de la sagrada eucaristía, mas que vanas ceremonias? El verdadero cristianismo solo existe en la religion católica, que á todos nos une en un mismo bautismo, en una misma confirmacion y en una misma comunión. Los católicos no tienen pluralidad de espíritus, voluntades y reglas, sino un solo espíritu, una sola voluntad, una sola regla, de la misma manera que no hay mas que un Dios en el cielo y una humanidad en la tierra. Del bautismo salimos hermanos, y hermanos somos en la confesion; el obispo confirma en nosotros hermanos espirituales y no individuos divididos en la opinion; la confirmacion, cayendo sobre los católicos, debe por fuerza tener efecto, pues, á pesar de nuestras culpas, todos tenemos la misma religion, las mismas creencias, una sola fe; la confirmacion protestante sobre nada recae, pues un protestante no piensa idénticamente como otro. En la comunión, todos los católicos reciben al mismo Cristo, en el cual tenemos todos la misma fe: todos los católicos tienen una misma comunión. Los protestantes no tienen una, sino muchas; estan tan divididos que no pueden sentarse todos á la misma mesa; pues, si bien todos los fárragos abortados por Lutero y

Calvino han sufrido en sus símbolos numerosas variaciones, tal vez no hay artículo que haya tanto variado como el de la comunión.

En religion, dos protestantes no pueden darse la mano; pues despues de haber roto con nosotros los vínculos de fraternidad, no han hecho mas que dividirse entre sí, y acabar con los pocos restos, siles quedaban, de la fraternidad; mas los católicos estan unidos por la fe de Jesucristo, y la gerarquía de la Iglesia, que hace hermanos á todos los católicos. Ciertamente, el verdadero católico no niega el dulce título de hermano á hombre alguno, ni al protestante, ni al musulman, ni al judío; esto es, el verdadero católico está dispuesto á abrir los brazos á todos, en la inteligencia que Dios ha muerto por todos, tanto por los católicos como por los infieles, y que la caridad se debe ejercer para con Dios y el prójimo, cuyo nombre comprende la humanidad entera; mas nada puede en ellos reemplazar la fe, y la unidad de creencias y de deberes que los haria nuestros hermanos en el sentido mas lato y mas perfecto. Así la caridad cristiana gime y se lamenta sobre todo pensando en los hermanos que le faltan, y especialmente de aquellos que, reconociendo la divinidad de Jesucristo, calumnian no obstante su doctrina, de aquellos que se agitan, se pierden y se dividen sin el amor, sin la unción, y en una palabra, sin la caridad cristiana, de aquellos que en cierto modo hacen derivar el cristianismo del impúdico y orgulloso Lutero, en lugar de hacerlo dimanar de la unidad divina; en una palabra, de aquellos que derivan su fe de la leprosa voluntad

humana, y de las ciegas pasiones, en lugar de hacerla derivar de la unidad y voluntad celestial.

Mucho podríamos estendernos, si hiciésemos un estudio, y nos pusiésemos en presencia del catolicismo, ó de la divina unidad de los hombres, hermanos todos en Dios; si quisiésemos señalar sus inmensos beneficios al lado de los deplorables contrastes que, por sus divisiones, presentan las sociedades humanas, delante de esta union santa y celestial; mas como tal asunto es latísimo y profundo, y nos llevaria muy lejos, acabaremos este capítulo recordando en resumen á nuestros lectores que el odio, la discordia, la venganza, en una palabra todas las miserias que asolan á la humanidad, dimanen del olvido de la fraternidad cristiana, y que toda la dicha presente y futura, finita é infinita, dependen de la observancia cristiana de este dogma divino.

CAPITULO XX.

Caida del hombre y pecado original.

Si con los ojos de nuestro entendimiento y la rapidez de nuestra imaginacion arrojamos una mirada sobre el universo, nos convenceremos que el acuerdo mas perfecto reina en todas sus partes. Esta asercion, si bien repetida y trivial en apariencia, no deja de ser de la mas alta importancia para deducir de ella las bases y dogmas del cristianismo, prescin-

diendo de su parte misteriosa y en todo cuanto son accesibles á nuestra razon. La vasta y magestuosa superficie del Océano, la inmensa y poblada bóveda de mundos diamantinos, manifiestan el orden y sublime grandeza de la creacion; los espesos bosques del Brasil y de la India en que no penetran ni un rayo del sol, ni el pensamiento humano, el olor cálido y aromático que en ellos se respira, los hermosos animales que los habitan, las numerosas aves que en sus árboles se anidan, cuyos plumages ostentan los bellos colores del zafiro, rubí, oro y topacio, el suave sonido de las matas que entre sí chocan, y aquel aire cargado de suavísimos sonidos y perfumes, que refresca y embriaga con su aliento, manifiestan la belleza y la armonía que tan prodigamente derramó el Criador sobre la naturaleza. Hasta la misma materia inerte se presenta á la vista con los mas hermosos colores y bajo las formas mas regulares; las bellas cristalizaciones de los minerales, las maravillosas grutas de estaláctitas y estalágmicas, las centellantes cavernas de cristal de roca, y la sonora gruta de Fingal, muestran que hasta en los cuerpos desprovistos de sentimiento y vida se ve grabado el nombre del Omnipotente, que en ellos derramó con profusion el orden maravilloso y armónica belleza que distingue sus demas obras. Los cuerpos celestes ejecutan sus revoluciones en una unidad admirable, ninguna de ellos se contraria á sí mismo ó á los demas en la curva que describen. Un solo globo nos da la luz y el calor, suspendido sobre nuestras cabezas y mirando al mundo, tal como el ojo de la Providencia que vela